

remos un rato, dijo D. Polo. — Vamos por ahí, le contestó tomando el cartucho de las onzas primeras, y la mascada con la plata. Salieron para la calle y cuando llegaron á la esquina de la plaza, dijo Astucia parándose: — Señor D. Polo, vamos á cuentas, necesitamos como buenos amigos hablarnos con franqueza y tratarnos con entera confianza; yo no más he salido por cumplirle al señor cura mi oferta, y luego que lo haga me marchó; iba á dejarle á vd. una carta de despedida manifestándole mis razones, pero ya que se me evitó ese trabajo, le digo con la mayor sinceridad que le estamos muy reconocidos á su aprecio, que siempre seremos sus buenos amigos, y que á nombre de mis hermanos, reciba este leal abrazo que transmitiré á la señorita y á sus apreciables chiquillas. — ¿Pero qué causa hay para tan repentina marcha? — Hay algunas, D. Polo, traemos nuestro tiempo medido, tenemos que hacer un gran rodeo por Tlaxcala, tengo recelo al Bulldog y toda esa percha de tunantes que aquí se han reunido, y antes que traten de hacernos una mala partida, quiero poner tierra de por medio. Conque vamos á otra cosa, está mañana nos hizo favor de franquearnos diez y seis onzas á Pepe, y veintidós á mí, aquí están las treinta y ocho, se las devuelvo con los debidos agradecimientos. — ¿Qué disparate, amigo! yo no se las presté, quise que se divirtieran y se acabó; yo no las tomo. — Pues entonces, D. Polo, esta será causa de que quebramos amistades, somos en esto muy delicados, bien conoce vd. el carácter de mis hermanos, y le hablo con toda formalidad, si no recibe su dinero me ofendo. — Corrientes, dijo D. Polo, recibiré ese dinero, pero á mi vez le hago una súplica, le pido un favor que no me ha de negar porque yo también me agraviaría. — Diga vd. cuál es, amigo mío. — Que se lleve al Chocolín ensillado, como un recuerdo mío, y que este par de pistolas giratorias se empeñe en que las reciba D. Pepe, como un corto presente que mis hijas le hacen; quería yo que ellas mismas se las ofrecieran para que no se negara á recibirlas; pero su marcha tan violenta me priva de ese gusto. — Pero, D. Polo, yo no tengo méritos para merecer ese obsequio, su buena amistad no necesita recuerdo, y permítame que me excuse. — Tiene vd., señor Astucia, el mérito de haberme llamado su amigo, me envanezo de ello, quiero darle

una corta muestra de mi reconocimiento, y si me desaira me causará un verdadero pesar, lo recibiré como un desprecio; ese caballo me lo regalaron, no lo adquirí en mis avances, puede lucirse sin riesgo, y quiero que lo use mi buen amigo Astucia.

Conoció Lorenzo que se las había con otro tan franco como él y que el excusarse sería en vano, por lo que le respondió: — Acepto, amigo, se lo estimo mucho, me llevaré el Chocolín, tenga su dinero, pero en cuanto á las pistolas, Pepe también es medio delicado y no sé qué dirá si las acepto. — Pues ese es mi empeño, que vd. interponga su valimiento para que mis chiquillas no queden desairadas. — Estoy anuente, haré cuanto esté de mi parte. — Ahora conozco que de veras es mi amigo, venga el abrazo de despedida, no quiero hacerle perder el tiempo; tiene vd. mucha razón de desconfiar de toda esta polilla; por ahí se encontrarán algunos vigilantes míos, ya sabe vd. que el santo es Astucia. — Yo también he tomado mis precauciones con el Bulldog, y le ando vigilando los pasos desde que llegó, no hace mucho que me dieron parte de que en el portallito de la casa de la partida hay cuatro coyotes en acecho, y si quieren hacer de las suyas la llevan, porque ya les he puesto su trampa. Al venir me encontré con el fachoso comandante, y me instó mucho para llevar á vd. á la partida, yo se lo ofrecí y nos ha de estar esperando; voy á entretenerlo mientras vds. se marchan, de paso le mando el Chocolín y guárdese por ahí las pistolas para D. Pepe. Hágame favor de asegurarles á todos sus buenos hermanos, que Apolonió Reyes siempre recuerda su bondad y jamás dejará de ser agradecido. Se abrazaron cordialmente, y cada cual tomó distinto camino.

Astucia llegó al curato y fué recibido con gusto, lo hicieron tomar chocolate y quedándose solo con el señor cura, éste le dijo: — Ya veo que es vd. formal, y supongo que mañana trata de seguir su marcha, caballero Astucia. — ¿Cómo, señor, vd. sabe mi nombre? — Sí, amiguito, D. Polo que es amigo mío, me ha impuesto de todo en el seno de la amistad, como yo soy de ese rumbo de Orizaba, les tengo amor á los charros que comercian en la rama, á la vez que los comparezo porque no ignoro el eminente peligro á que se exponen unos hombres de



bien y trabajadores; he oído mil elogios de los Hermanos de la Hoja y eso me hace tener mucho gusto al conocer á su guapo jefe, que no desdice del buen concepto que tengo formado de ellos. — Señor cura, estimo en lo que vale su distinguido aprecio, y á más de tener el placer de visitarlo y ofrecerme á sus órdenes, vengo á solicitar un favor é inferirle una molestia. — Mande vd. con franqueza, caballero, tendré mucha complacencia en servirlo. — Pues, señor, contando con su buena disposición, quiero que se encargue de repartir este dinero entre los pobres de su parroquia, y con especialidad á los ancianos. Hace mucho tiempo que tengo la costumbre de dar de limosna, el diezmo de lo que gano, siguiendo el ejemplo de mi señor padre; hoy la suerte me ha sido propicia en los gallos, y no conozco aquí persona más á propósito para esta comisión como vd., y espero que se tome esa molestia en obsequio de sus feligreses. — Con muchísimo gusto, señorito, y á nombre de esos infelices á quien he de socorrer, reciba un millón de gracias; pero deseo saber, ¿á quién le deben este socorro para que lo colmen de bendiciones?

— A la divina Providencia, señor cura, y con sólo la bendición de vd. quedo contento y profusamente recompensado. — A más de ella, joven apreciable, voy á darle otra cosa que también le ha de gustar, ¿cuántos son vds., amiguito? — Seis hermanos y doce arrieros. — No me dilato. Se metió á su estudio y trayendo un papelito le dijo: — Aquí van estas medallitas para todos, tienen la efigie de Ntra. Madre Santísima, están henditas y vd. sabe el uso que haga de ellas. — Gracias, señor cura, se lo estimo mucho, espero su santa bendición para retirarme. Y se le hincó enfrente. Aquel venerable sacerdote lo bendijo lleno de unción, le dió su mano á besar, se abrazaron y llamando á sus hermanas para que se despidieran, se retiró para su alojamiento en donde ya estaba el Chocolín. — Mira, Pepe, dijo al entrar, tápale la silla á ese caballo con una camisa de los otros, guarda el freno en el almofrej, á los muchachos que monten y en marcha, voy á despedirme de los de la casa. Tardó poco en esta operación, montó á caballo y partieron con dirección á los Volcanes, mientras tanto el Bulldog impaciente salía cada rato, cambiaba una mirada con sus viles instrumen-

tos que tenía listos, y volvía á entrar á la partida, en donde D. Polo hacía lo posible por entretenerlo; también por otro lado estaban ocultos otros cuatro ó seis, sólo en acecho de los del portalito, que fastidiados de estar allí comenzaban á bostezar. — ¿Qué mano que ese pájaro se nos vuelva de entre las manos, Chimiloco? es necesario no errar el golpe, porque ya ves, cincuenta pesos por una metida, no son de desperdiciar. Tú fuiste un guaje, el comandante tiene empeño que despache ese charrito, si más le pides más te da. — Pues ¿qué más quieres que cincuenta pesos? los despojos, y cubrir el delito para que nadie lo sospeche, con sólo su vestido se hace algún negocito y como es regular que algo traiga en las bolsas, no está la cosa tan mala como parece. Por otro lado decía uno: — ¿Cuáles son las órdenes que tienes de D. Polo, Chueco? — Que a menor movimiento que hagan éstos para ofender á alguno, los despachamos á dar un vistazo por el infierno, se están secretando y ya mero me dan ganas de mandarlos á cenar con toditos los diablos. El Bulldog fingiéndose cuidadoso, preguntó á D. Polo: — ¿Qué es cosa de consideración, lo del brazo del amigo Gaviño? — No deja de serlo, comandante, porque ahora que me vine estaban curándolo y tenía tamaño chinchón. — ¿Si será eso motivo para que no venga? — Creo que no, pues me lo ofreció formalmente, es entusiasta para los albuens, tiene dinero y no dejará de venir, siéntese tantito y cuénteme sus ascensos, pues según me han dicho está vd. ahora en el Resguardo de las rentas del Tabaco. — Sí, D. Polo, se han empeñado en darme esa encomienda, no me pude quitar el lazo y tuve que admitir á mi pesar. — ¿Pero creo que vd. ha mejorado? — Sí y no, sí porque no es tan odiosa esa comisión, como la de perseguir malhechores, y no, porque los charros son terribles, muy atrevidos y por todas partes los protegen y custodian, con eso tendré que ocurrir á mil ardidés para tenderles un lazo. — ¿Pero eso para vd. es el huevo juanelo, es vivo y dónde han de ir qué más valgan? apuesto á que ya les andaré vd. poniendo su trampa, no tiene vd. un pelo de tonto y no le darán mucha guerra, vamos á echar una copita á la cantina, celebraremos el ascenso. Se lo llevó á la otra pieza y sin mayor dificultad le fué cargando la mano. — Vd. adivina, D. Polo,



dijo el Bulldog tocándole el hombro, ya con la cabeza trastornada, ya puse mis espías en el paso del Río, la Calera, San Miguelito y el Pinal, estoy conquistando en Huamantla á D. Teófilo el Bandolón, que fué contrabandista y sabe todos esos andurriales hasta durmiendo, le voy á pagar su sueldo sólo porque me acompañe y guíe como mozo particular, él conoce á todos, desde que quedó manco cuando andaba con caballitos, está en la miseria y con cualquier cosa se conchaba. — Sabe vd. comandante, que esa es buena estratagema. — Toma, adonde yo le digo que no me la pegan á mí los charros y principalmente esos maldecidos Hermanos de la Hoja, que todos los días me recomiendan los jefes. — ¿Qué son muchos? — Un demonial de comerciantes que andan en partidas y apenas se ofrece un lance, cuando parece que brotan de las peñas, todos se dan la mano y ya pronto tendremos que batirlos con artillería, tienen buen armamento y unas punterías que no desperdician balas, cada rato tenemos bajas y yo estoy muy disgustado porque la verdad, los señores contratistas del ramo son malagradecidos, no recompensan á sus servidores, y mis muchachos que lo conocen, sólo procuran librar el bulto, no entran parejo, sino que voltean caras y dejan á uno en la pelaza, con eso, yo me hago disimulado y aunque sepa por dónde van los busco por rumbo opuesto; pero no siempre se puede hacer esto, los jefes son muy exigentes y necesito cuanto antes ganarme á Teófilo, ponerles un plancito para que caigan sin comprometerlos mucho, y hoy se mata uno, mañana otro, y así sin sentir los he de exterminar; ya me dieron en la dirección amplias facultades y voy á poner en planta mis proyectos ayudado de ese Bandolón que me va á servir de pies y manos sin saberlo, el trabajo será para él y la gloria para mí. ¿Qué le parece mi determinación, D. Polo? es verdad que debo conquistar á Teófilo. — Magnífico, comandante, magnífico. Y en todas estas conversaciones dieron las nueve, ya tenían hora y media de camino nuestros viajeros, cuando un extraño que D. Polo mandó, dió aviso á los apostados en el portalito, que el señor Gaviño acababa de salir para México cogiendo el camino de Tetela del Río. Uno de aquéllos se metió para adentro, llamó con precaución á su comandante, le dió noticia, y reservadamente éste

le dió orden de que ensillaran ocho de los suyos, que cortaran por el jagüey y les dieran alcance, que si conseguían matarlo les daba cien pesos y todo el botín que cayera, agregando: Llevan mucho dinero, váyanse aprisa y no pierdan el lance. Luego para violentarlos quiso él mismo ir á despacharlos.

— No me dilato, amigo D. Polo, asuntos del servicio reclaman mi presencia. — Vaya vd., comandante. Y mientras que se fué á dar sus disposiciones á la casa de Diezmos, D. Polo fué á la suya y también dió sus órdenes pues muy bien había escuchado todo. Escribió una carta á Astucia informándolo minuciosamente de cuanto le había hecho despepitar al Bulldog, y estando listo Joaquín Tijerilla, le dijo: — Parte por el camino de los volcanes, alcanza á los charros, y le das á mi amigo este papel, no te vuelvas sin contestación y aprieta el paso mas que revientes al caballo. Tú, Romero, véte á situar dónde te dije, les das la noticia, te juntas con tu guerrilla y se van detrás de ellos, adonde les parezca oportuno les dan su merecido: ladrón que roba á ladrón, ya me entiendes; en marcha y con lo que avancen, se van de largo para el asoleadero, allá me esperan, ya tragaron el anzuelo, y que Dios los ampare.

El Bulldog mirando que el tal Chimiloco estaba mal montado le dijo: — Llévate mi melado, y tú, Lázaro, ensilla el bayo; pero con la condición de que si dan el golpe, me dan por ellos el colorado y el prieto que metieron esta tarde á la plaza. — Convenido, mi jefe, y en el supuesto que así ha de ser, présteme también su silla que al cabo vendrá el coloradito como estaba. — Estamos arreglados, no pierdan tiempo, cuando más irán bajando la cuesta.

Romero el Chueco, seguido de doce hombres, cogió el camino de Tetela del Río, mucho antes que los del Bulldog, á buena distancia, en el sitio más á propósito emboscó su guerrilla, y á pie, envuelto en una jerga de sudadero se puso en el camino á esperar sentado en una peña. No tardó mucho Chimiloco acompañado de los suyos; luego que el Chueco los vió, fingiéndose transeunte los fué á encontrar. — Oiga, amigo, le preguntaron, ¿van por ahí unos señores á caballo? — Sí, señor amo, van con dos arrieros, llevan dos mulas cargadas y tres caballos de mano. — ¿Qué irán muy lejos? — No, señor, pero van recio y si sus



mercedes aprietan pueden alcanzarlos en el arroyo — Gracias, amigo, tenga por su noticia. Y le dió un soberbio pajuelazo que le tiró á la cara, y recibió en el sombrero, diciendo: — Avancen á paso largo. — Caro te va á costar tu agradecimiento, hijo de la mala hierba; tú me has querido rajar la cara, yo te rajaré la chapa del alma, y qué buenos caballos llevan esos malditos, desde ahora me adjudico ese tordillo, parece que no es mal penco. Dió un silbido y aparecieron sus compañeros que le traían su caballo. — ¿Cuántos son, compadre? preguntó uno. — Nueve, pero dos de ellos llevan unos caballos de primera, ya le eché el ojo á un tordillo que lleva ese bribón que me acaba de tirar un chicotazo en pago de haberle dado una buena noticia; ya se los advierto para que no haya disputas, vamos á buen paso, les cortamos la salida en las peñitas y no digo nueve, novecientos tendrían que sucumbir ó echarse á rodar por la barranca que es lo mismo; prevengan sus mosquetones, su parque y andando, muchachos, ¡vivan los plateados! — ¡Vivan! respondieron los demás revisando sus armas.

Cerca del amanecer, alcanzó Joaquín á los contrabandistas, recogió la contestación, le dió Astucia cuatro pesos de gala, y atravesando veredas se fué por San Miguelito, cortó por el rancho de los Coyotes hasta llegar al asoleadero según las órdenes que recibió. D. Polo se volvió para la partida, y el Bulldog llegó también á poco rato preguntando: — ¿Por fin, no vino ese gallo? — No ha parecido. — Pues no lo espere porque ya va lejos. — ¡Cómo! ¿pues qué se ha ido? — Sí, señor, ya hace rato. — ¿Adónde ha de ir, que no me la pague ese maldito! exclamó D. Polo con rabia, pues qué ¿pensaría que quería yo que me regalara el colorado? ¿Qué camino habrá cogido? — El de Tetela del Río. — ¡Caramba! ¿qué bestia soy en no haberle mandado poner una emboscada! Y fingía estirarse los cabellos. — ¿Pues no era amigo de vd., y vino en su compañía? — Es amigo de ayer acá, y nos juntamos en el camino, ignoro su residencia y es cuanto. — Pues le hablaré francamente, D. Polo, sólo por respeto á vd. no le he sumido el resuello á ese patarato, se me dió á conocer haciéndome ver lucernas, en las lazadas me hizo cuco, cuando coleamos, me echó la tierra en la cara, ha dado lugar á que todo el mundo

me mofe y por último, me ha soltado algunas pullas y sátiras bastante claras, teniéndome en poco, y haciéndome en todo de segunda fila. — ¡Qué pícaro! pues como vió que me gustaba su caballo, y esta mañana nos hizo una buena roncha en los gallos, ha pintado su venado temeroso de que todo encuentre adjudicatarios. — De veras que es un cobarde, voy á mandar que lo sigan, y Dios tenga piedad de su alma. — Adiós, comandante, hasta mañana. — Adiós, D. Polo, y que no se quede sin el colorado. — Tú serás, bribón, se fué diciendo entre dientes D. Polo, el que te quedarás sin tus cachorros, como yo me quedé sin madre, grandísimo pillito.

Antes de que amaneciera, salía D. Polo con su familia seguido de otros veinte hombres por el camino de la Resurrección, y cortando por la cañada tomó rumbo para el rancho del asoleadero; allí lo esperaba el Chueco Romero con sus compañeros, y llamándolo aparte, le preguntó: — ¿Cómo les fué? ¿no tuviste alguna desgracia? — No, mi jefe, les pusimos su xuazclito tan bien que ni guerra nos dieron, se nos pusieron á buen tiro, cada uno de nosotros escogió el suyo, y en la primera descarga cayeron como patos, sólo dos fué necesario despenarlos con la lanza, los tiramos mondados para la barranca, y ahí están todos los despojos, armas y caballos, y entre éstos los dos del Bulldog, el bayo que quemó el toro y el melado ensillado que metió luego. — Todo, menos las armas que serán para mí, repártanselo vds. como buenos compañeros, sin dejar de darles su convidada á los demás. — Gracias, mi jefe, así se hará. Y tocándose el sombrero se separó.

En la tarde, llegó Joaquín de su mandado, entregó la contestación de Astucia escrita con lápiz, y le dió D. Polo un par de pesos por su eficacia. Al otro día siguieron su marcha, desde cierto punto se separó la señorita seguida sólo por dos criados y las chiquillas para Morelos; D. Polo cogió por Jonacate para Tepaltzingo desde donde comenzaba su dominio, á pesar de que merodeaba por todo el plan de las Amilpas, en sus expediciones respectivas teniendo á los hacendados en continuo sobresalto. El Bulldog con impaciencia, esperaba por momentos, luego que amaneció, ver llegar al Chimiloco, lleno de gozo ya se suponía estar montado en el Chocolín y dispararlo con el



garbo con que lo hacía Gaviño, su pesadilla, que cual ave de mal agüero, naturalmente le repugnaba. Eran las diez de la mañana, y entrando en cuidado, se determinó á ir personalmente en busca de sus enviados, hizo montar á su gente, y en una mala charchina tomó el camino. Al llegar á tierra Colorada, dividió su fuerza para el camino real y los jagüeyes, llegaron hasta el arroyo, y ni en las peñitas, ni media legua adelante encontraron rastro ni noticia de los que buscaba, á las tres de la tarde regresó para Tochimilco haciéndose mil comentarios y suposiciones. — Oiga vd., sargento Ruiz, ¿qué no encontró por el camino real algún rastro? — No, mi jefe. — ¿Pues por dónde diablos andará el Chimiloco con los ocho hombres que le dí? — Sépalo Dios. — ¿Qué mano que ese maldito ha dado la estampida? — Bien puede ser, mi jefe, es capaz de eso y mucho más les consintió vd. ensillar los mejores caballos de la remonta, y adonde haya podido tortear para hacerse de recursos, quién sabe á la hora de esta cuánta tierra han andado. — ¿Pero qué motivos tiene vd., sargento Ruiz, para suponer tal cosa? — Muchos, mi comandante, permítame que le hable con franqueza, ese maldecido Chimiloco engreído con la preferencia con que vd. lo ha tratado, la echa de malcriado y ladino, tiene una alma negra como su cara, y por el maldito interés es capaz de jugarle una soletina á la madre que lo parió; desde hace tiempo que estamos medio contrapunteados, yo temeroso de una felonía, le he estado espionando los movimientos por mi propia conservación, y no sé qué planeito tenía entre manos con el cabo Vidal, que anoche se fué en el caballo Lobo; los dos son tapatíos, el soldado Rasalino, Asencio, y el pisteojo son de por esos rumbos, habrán obligado ó conquistado á los otros, todos han sido pájaros de cuenta, y no tenga vd. duda que esa parvada no va á parar sino hasta tierra dentro, no hay galgos capaces de alcanzar á esas liebres corridas, y no se debe extrañar que la cabra tire al monte, han desertado con el equipo y armas del cuerpo, han robado á su jefe, irán haciendo de las suyas, y reloj reloj, buenos guajes serán si vuelven. — Como que se han llevado hasta mi capote, mis espuelas, espada, pistolas, todo mi equipo, y en una cañonera tenía yo un cartuchito con diez onzas. —

Pues, mi comandante, agregue eso más á la libreta y haga los ajustes, porque esas nueve bajas son tan seguras como hay Dios.

— Me convenzo, sargento Ruiz, tiene razón, ¿pero, por que no me había vd. dado parte de sus sospechas? — Porque el negocio era personal, se trataba de darnos un fierrazo, y como era el tal Chimiloco su dedo chiquito, su criado de entera confianza, ó no me hace vd. caso, ó hubiera entendido que me volvía caviloso, que era chismoso ó quién sabe lo que se hubiera imaginado. Al llegar de regreso al pueblo se encontró el Bulldog con el Armadillo, uno de los de segundo orden de los ratoncitos que ocupaba lugar en distintas cuadrillas de los afamados. — Ven acá, Armadillo, le dijo con voz imperiosa llevándose aparte. El picaro aquél se demudó y con mucha sumisión se le acercó. — ¿Quiéres merecer una buena gala? — Vd. mande, señor, le respondió. — Véte luego luego por todo el camino de Tetela del Río, llegas hasta donde corta la vereda del arrastradero y tanto de ida como de vuelta, me registras por uno y otro lado á ver qué rastros hallas, qué te encuentras, porque según las noticias que me des así será tu recompensa, pero cuidate de servirme bien porque si no te cuelgo, no me voy del pueblo hasta que regreses, este es un secreto, á ninguno se lo digas, véte y no me hagas esperar mucho. El Armadillo desempeñó perfectamente su comisión, á las doce del día siguiente se le presentó al Bulldog, diciendo: — Cerca de las peñitas á la subida de allá para acá, me encontré estos papeles de cartuchos recién quemados. — Son iguales á los que usamos, parque Americano, dijo para sí el Bulldog, prosigue. — Como á las cuarenta varas del lado de la barranca, un gran charquerón de sangre que también ensució un tronco viejo, aquí está un pedazo de la corteza sucio que no me deja mentir. — Esta sangre será del amigo Gaviño, se imaginó, ¿Y luego? — Seguí aquel rastro de sangre hasta la orilla de la barranca, bajé con mucho trabajo hasta medio desfiladero y por tres lados diversos, me encontré tres difuntos. — ¿Y los conociste? — No fué posible, estaban completamente desnudos y contra las peñas, se despellejaron todos, sólo noté, que uno era alto y blanco, otro también alto y moreno y el tercero cha-



parro y trigüeno y según me pareció había otro mucho más abajo, ya no pude llegar adonde estaba, porque seguían unos desfiladeros muy pendientes y no es posible transitar por ellos: como esos cuerpos se atoraron entre las peñas, los rodé para la profundidad por lo que pudiera suceder, pues si tal vez alguno me vió bajar y los encuentra, se hubiera figurado que yo tenía parte en aquel negocio. — Muy bien hecho, ¿y después? — Después seguí los rastros del camino y sólo pude sacar en limpio, que pasado el arroyo por el barrialito que entra al monte, cortaron camino muchos caballos, seguí hasta el zacatonal y al pie de unas encinas estaba esta botella vacía. — Mi negra, dijo mentalmente el Bulldog, estaba llena de catalán en una bolsa del baquerillo, ¿y por fin, qué más has encontrado? — Se me perdió el rastro á corta distancia por los texcales y ya sólo me encontré esta herradura. — Tierracalenteña, seguro se supuso mirándola, llevan herraje de México y si mal no recuerdo, el prieto tenía herraduras de ramplón. — Pues, Armadillo, estoy satisfecho de tu eficacia, toma esa media docena de pesos por tu trabajo y estos otros por tu silencio, anda, tira estos cachivaches y cuida el pellejo, ya yo no estoy encargado de perseguirlos, y mi sucesor no ha de tener los miramientos de que yo les he dispensado porque han sido mis amigos. — Mil gracias, señor comandante, quede vd. con Dios.

Cuando salió aquel hombre, decía el comandante hablando solo: Ya se me quitó esa tentación del maldecido Charrito, ya no tendré ese títere que me inquietaba, y de barato doy lo que esos pillos se han llevado, no cabe la menor duda de que en las peñitas les dieron alcance y pronto serán pasto de los zopilotes, de veras que no tengo un pelo de tonto. Es necesario dejar la cosa en tal estado, pues si pongo el parte se mandan cordilleras y si cae por desgracia alguno de esos bribones son muy fáciles de cantar, se agarran del pretexto de que de mi orden han asesinado á esos vanidosos tierracalenteños, y me enredan en el negocio, quitaré por ahí caballos al que no pueda chillar, repondré las plazas vacantes y solo yo estaré en el secreto, pero ahora que me acuerdo, al sargento Ruiz le he dado algunos indicios, es medio orgulloso, el día menos pensado también puede ponerme en cuidado, pues cuanto antes lo qui-

taremos de en medio, los muertos no hablan, no me faltará modo. Ahora volviendo á otra cosa, yo necesito á fuerza una persona de confianza y que me ayude para cumplir con mi encargo, yo solo maldito lo que valgo y lo que puedo, todos estos que me rodean son una punta de pillos que no pudiendo andar solos, porque les apesta la barriga á hierro, se han acogido á mi sombra, el jefe principal me aconsejó lo de conquistar al tal D. Teófilo el Bandolón, no me parece mal la estratagema, el hombre está arrinconado, tiene mucha familia según me dicen y por un buen sueldo, tendré quien me guíe y desempeñe á las mil maravillas, con el dinero baila el perro y yo les prometo á los vanidositos Hermanos de la Hoja, que irán prontito á acompañar á los tierracalenteños, yo estoy resuelto, ó los extermino ó me lleva Judas con todo y Bandolón. Al otro día comenzó á poner en planta sus planes, se fué por todo el camino quitando caballos á cuantos infelices pudo, y cateando casuchas para hacerse de armas; cuando volvió á Puebla á los seis días llevaba su fuerza completa montada y armada, dos caballos regulares de silla y dió parte de no haber tenido más novedad, que la desgracia de que el sargento Ruiz se hubiera desbarrancado y perecido en un desfiladero, yendo en seguimiento de unos contrabandistas; que este accidente y lo peligroso de tanto precipicio, le impidió darles alcance, pero que ya les había dado su carrera, descubierto sus veredas y tenía por seguro su triunfo por haber tomado muy enérgicas y eficaces medidas, que debían darle felices resultados.

Volvamos á nuestros viajeros; no quisieron entrar á Puebla y cortaron por Cholula; cuando ya estuvieron como quien dice en paraje de salvamento, preguntó Pepe: — ¿Quieres decirme, Astucia, por qué nos hemos traído este Chocolín, qué hiciste con el dinero que quedó en tu mascada, el cartuchito de las treinta y ocho onzas y qué dice ese papelito que te entregó Tijerilla? — Vamos por partes, hermano, y no sé cómo eres diablo y no sabes penetrar algunas cosas que nada tienen de misterio. Contó punto por punto todo lo ocurrido para satisfacerlo; al llegar á las pistolas, dijo:

— Toma estas pistolas destinadas para ti, no me fué posible el negarme, es un obsequio que te hacen las chiquillas, estaba



dispuesto que ellas mismas te las ofrecieran y creo que si tal caso llega, tú no te hubieras excusado; ya conoces mi genio y lo puntilloso que soy, pues sin embargo tuve que aceptar las pistolas para tí, y el Chocolín ensillado para mí. — Pero, hombre, no puedes figurarte la pena que me causa el que alguno quiera remunerarme algún favor; yo serví á D. Polo sin interés, sin saber á quién prestaba mis auxilios, y al ver que me paga, dejo de sentir aquel placer, aquella grata satisfacción que se tiene en el alma cuando se hace una obra de caridad. — ¿Pues cómo estuvo eso, cuéntame? — A causa de las continuas convulsiones y revueltas políticas, nos fueron invadiendo el tránsito y haciéndonos retirar más y más las continuas partidas de pronunciados, hasta el extremo de tener la necesidad de andar costeano por los suburbios de tierra caliente para caer después de un gran rodeo al cerro de las Tinajas y por Ziraguato y Cuitareo al rancho de la Soledad; entonces establecimos nuestra escolta, que se componía de doce inditos muy determinados y diestros, de diversos pueblos, los que de jornada en jornada se relevan sirviéndoles los mismos rifles americanos con que los teníamos armados y bien municionados. En una de esas veces, cuando atravesamos entre Xuitepec y la hacienda de Treinta, nos encontramos invadidos por un lado de los plateados, y por el otro de las fuerzas del gobierno; casualmente lo supimos á tiempo, y enderezando nuestras mulas para el cerro de las Lajas, pudimos á costa de mil afanes emboscar el hatajo y seguir arreando por donde se podía abrir paso, yo me quedé á una distancia protegiendo la retirada con ocho infantes, y otros cuatro se llevó Tacho Reniego, explorando el campo; desde allí donde yo estaba, presencié perfectamente el ataque, unos y otros contendientes se tenían ganas, apenas se echaron la primera descarga, cuando se cerraron á la arma blanca, el encuentro fué furioso, se macheteaban y daban lanzazos sin piedad; se rechazaban, volvían á la carga, y ya estaba quedando la acción por los plateados, cuando apareció un refuerzo de Cuernavaca, y sólo la muchedumbre pudo darles el triunfo á las fuerzas del gobierno, pues sus enemigos se defendían y cargaban como leones; así que yo vi terminado el asunto, me fui retirando poco á poco ladereando para coger el

camino, pues suponía que por allí irían algunas partidas en persecución de dispersos y no quería que tal vez fueran á descubrir á los hatajos; con esto, resuelto á resistirles me seguí andando con precaución, al atravesar el arroyito que baja de la cañada, vimos venir hacia nosotros un caballo suelto que salió de los breñales corriendo, arrastrando á un hombre que tenía trabado un pie en un estribo de la silla, se atoró el cuerpo entre unas peñas y el animal siguió corriendo medio rengueando; le hicimos corralito, y aunque con algún trabajo, al fin lo llegamos á coger, tenía la silla en la barriga hecha pedazos, una lanzada en una pierna y porción de machetazos en la cabeza y pescuezo; era moro, de bonita figura, buen tamaño y edad y en regulares carnes. Me dirigí á las peñas y me encontré con un hombre casi hecho pedazos bañado en la sangre que de la frente y cara le salía en abundancia, todas las costillas peladas y la cabeza magullada de los golpes que recibió contra los texcales, me pareció una vileza el dejarlo en aquel estado y por la duda de si conservaba aún algunos espíritus vitales y el miedo de que no me fueran á sorprender entretenido los soldados, le restañé la sangre como pude, violentamente mandé cortar unos palos, y mal y de mala manera, cubierto con mi manga mandé que mis indios cargaran con él, y seguimos nuestra retirada; casualmente los vencedores no trataron de perseguir dispersos, bastante tenían que reparar en sus filas y mucho que hacer para recoger su campo; á medio camino me encontró Tacho con sus cuatro hombres que venían en mi apoyo, y alternándose los cargadores llegamos al paradero. Todos aprobaron mi disposición, curamos á aquel hombre como mejor pudimos lo mismo que á su caballo, y habiendo advertido que aún respiraba, nos resolvimos á hacer el favor por completo; con las escoltas del relevo me adelanté echando grandes jornadas hasta dejarlo bien asistido en el rancho de la Soledad; el infeliz padeció mucho, pero conseguimos que en menos de tres meses quedara sano y salvo. Hasta que él mismo pudo explicarse, supimos de su boca que era Apolonio Reyes el cabecilla de los plateados; cuando estuvo completamente bueno se vino con nosotros hasta cerca de Jonacate, le entregamos su caballo sano, su silla repuesta, lo



vestimos de pies á cabeza y del fondo común le dió Alejo cincuenta pesos para su camino.

El hombre no hallaba voces con que expresar su reconocimiento, nos abrazó con el rostro bañado en lágrimas de gratitud que fueron para nosotros de mucho valor, pues al vérselas derramar quedamos satisfechos y recompensados. Esto que hicimos con el plateado jefe, lo hubiéramos hecho con cualquier otro, pues ya sabes, hermano, nuestro sistema: hacer bien y favorecer á cuantos se pueda; arrieros somos y en el camino andamos, no faltará quien nos recoja por ahí ó nos dé un auxilio en un caso desgraciado; ya oíste lo que sucedió, en ese tiempo con su familia, el hombre comenzó siguiendo el foco de la revolución como partidario de una causa política, y ahora no tiene más plan que su propia conservación; según me dijo ayer, todo lo que roba lo está situando en México bien asegurado, en donde pronto va á establecerse de incógnito, sólo con el fin de que la señorita á quien venera con profundo respeto, goce de alguna comodidad, y sus hijas se eduquen bien, contando con suficientes recursos para lo futuro; creo que su plan no se le frustrará, es vivo y teniendo dinero se saldrá con la suya; desde que volvió á reunir á los que escaparon, engrosó sus filas, estableció sus reales, y ha conseguido hacerse temer de los pudientes, que son los únicos á quien constantemente mortifica; nosotros tuvimos que retirar las escoltas porque sin que lo entendiéramos, desde esa vez nos ha descombrado el camino y ya se ha batido con las fuerzas del gobierno, defendiéndonos directamente.

Siempre ha estado empeñoso tratando de hacernos obsequios y nunca hemos querido recibirlos, procurando evitar con él un encuentro. — Pues esto ya no tiene remedio, Pepe, y como por ser Hermano de la Hoja ese hombre me ha regalado este caballo, yo soy de opinión que ingrese al fondo de donde salió el dinero para los gastos de su restablecimiento. — Y también esas pistolas, replicó Pepe. — No, ésas mudan de paridad, te las han dado unas hijas á quien por tu buen corazón les has devuelto á su padre que sin duda hubiera muerto. — Y que se hubiera muerto si todos no me ayudan. — Ya veremos, eso lo dispondrá un consejo, porque también tengo títere con ese dinero que lle-

vamos, por ser hermanos me facilitó D. Polo las onzas, y aunque ya dispuse de ciento y tantos pesos para los pobres, creo que mis hermanos pasarán por ello, bastante generosos son. — Pues ahora te contesto á ti lo mismo: «Eso lo dispondrá un consejo», porque yo también perdí dos onzas que pagaste por mí. — Ésas entrarán en los gastos con los cien pesos. — No es justo, yo las perdí, y yo las pagaré. — Pues yo no lo consentiré. — ¿Qué mano, Astucia, que esto para en que nos agarremos? — Pero cuando estemos en el consejo. — Corrientes. — Pues vamos á otra cosa, Pepito, no te me enfosques, ¿conoces en Huamantla á Teófilo el Bandalón? — Toma, conque es uno de nuestros más fieles cardillos. — ¿Qué casta de hombre es ése? — Un antiguo contrabandista que fué arriero de caballitos, un charro de nombradía, muy valiente, quedó con un brazo tieso en un encuentro, luego se metió de rescatador con los pegujaleros, llevó sus golpecitos en algunos registros; el infeliz tiene una chorrera de machachos y se la fué pasando de corredor, nosotros los auxiliábamos gratificándolo porque explorara, cuidara las mulas y se acomodara á cargar, luego logramos que se colocara de guarda del casco, y con el miserable sueldo que tiene y las buenas gratificaciones que le damos por sus noticias oportunas, se la va pasando como puede. — Pues mira esa carta de D. Polo, ¿qué te parece? — Que tenemos al rey por compadre, ese hombre es fiel, y ténendolo bien aleccionado no hay que temer una mordida del tal Bulldog; ahora lo que interesa es que te apersones con el jefe principal, que según me dijo uno de los sabuesos está en Tlaxcala y echa sus correrías por el rumbo de los Llanos. — Pues derechos á Tlaxcala, porque yo voy á Orizaba y me paso para Jalapa á recoger diz que una herencia de un mi tío que en paz descansa, no tiene más parientes que yo que soy vecino de Zimapam, propietario y comerciante de aquellos benditos lugares, que no conozco, gracias á Dios.

Vamos á otra duda. ¿Dime, Lencho, en dónde has aprendido á sortear un toro, que ya pareces un diestro consumado? — ¿Cómo en dónde? con Alejo y otros varios amigos de las mesas de Tepuztepec; hace más de tres años nos reuníamos con los Ruises de los molinos y otros traviesos, nos largábamos á las estancias en donde siguiendo las reglas prescritas, en un libro



que tengo titulado « La Filosofía de los toros » y está bien explicado el arte de torear, escrito por Francisco Montes; nos ensayábamos, comenzamos por amanillar un toretillo con que sin riesgo estudiar las suertes de capa, y poco á poco fuimos adelantando hasta que nos atrevimos á lidiar toros de pastos libres puntales fresquecitos, y sin tener más guarida que librarnos con los zarapes capeando ó practicando recortes y galleos. Prendíamos banderillas con espinas de nopal por rejoncillos, y con una espada de encina con la punta untada de cal dejábamos marcadas las estocadas á los toros para calificar las direcciones, algunos toros matamos de veras por vía de ensayos, procurábamos ocultarlos y que los perros se los comieran para que cuando los vaqueros los encontraran culparan á los lobos, ó si había tiempo los enterrábamos sin dejar ningún rastro.

En una de estas diversiones nos sorprendió el caporal en la estancia de la cocina, precisamente cuando ya en suerte estaba yo armado para recibir al toro con la espada, todos se sorprendieron aterrados con su presencia, menos yo que sin perder de vista al bicho le dije: — Estése quieto, yo lo pago, y al instante lo despaché con una buena metida; nos armó mitote, fuimos á la hacienda, y merced á la franqueza de los muchachos Retanas que me dispensaban aprecio, la cosa se quedó en tal estado. Ahí verás cuando se vuelva á ofrecer qué útil es Alejo, lo mismo que Juan el muerto, y el fandango que competían con Reflexión; ya estás contestado, marchemos.

Efectivamente, al tercer día llegaron á Tlaxcala, fué Astucia á visitar al jefe político é informarse de la seguridad del camino. Luego luego llamó la atención su buen avío, salió á dar una vuelta por la población en el Choccolín, y en la noche se puso á jugar al billar con varios copetoncillos que allí concurrían, se hizo conocido de varios, trabó amistad con el visitador, y con el pretexto de que le proporcionara una escolta, simpatizó mucho con el jefe principal del Resguardo, lo convidaron á un paseo, asistió á un bailecito casero, no se despegaba del jefe, y en tres días le comió el trigo, le ganó su confianza, y supo cuanto quería saber. Sus asuntos le impedían gozar de tan buena compañía, y despidiéndose de todos, haciendo y recibiendo multiplicados ofrecimientos, les contó que iba á madrugar al día si-

guiente, y no fué sino que dirigiéndose para un obscuro callejón de la salida donde lo esperaba el avío, partió contentísimo de haber logrado su objeto.

Llegaron á Huamantla, le dió sus instrucciones al Bandolón ascendiéndolo á espejo con un buen sueldo, éste le ofreció con la mayor sinceridad cumplir con su encargo, y quedó aquel hombre muy agradecido; siguieron de frente hasta Cuapiastla donde acababan de llegar los hatajos, todo el plan que se habían propuesto les salió á pedir de boca. Después de los primeros y repetidos abrazos de los hermanos se pusieron á comer, y por sobre mesa, reunidos en consejo comenzó Astucia á dar cuenta exacta de su viaje con todos sus detalles y pormenores, terminando por presentarles el dinero que ganó, la cuenta de gastos, el caballo Choccolín ensillado y las pistolas, suscitándose la disputa tenida con Pepe á la llegada de Cholula; los dos se sostenían en su opinión agarrándose de fuertes razones, los demás las contrariaban con otras no menos poderosas; por una y otra parte no se veía más que desinterés, la cuestión se incendiaba, hasta que al fin hicieron retirar á Pepe y Astucia y los otros cuatro se pusieron á decidir punto por punto; terminada la discusión los llamaron, y tomando la palabra Chepe botas que como más viejo, fungía de presidente del consejo dijo: — La mayoría de la sociedad de los Hermanos de la Hoja, sobre las cuestiones suscitadas, ha tenido á bien resolver que, ese dinero ganado por nuestro hermano Astucia en los gallos y toros de Tochmilco, sólo á él personalmente le pertenece; la suerte le fué propicia, el capital no fué del fondo común, y si le hubiera sido adversa, seguramente hubiera pagado á su habilitador de sus recursos propios, en esta inteligencia, puede disponer de su dinero como mejor le parezca. — Pero... dijo Astucia... — No hay apelación, está resuelto, contestaron. — Adelante, dijo Chepe, y continuó: Por no descontentar al hermano Astucia, y agradecidos todos nosotros á su abnegación y desprendimiento, que se venda el caballo Choccolín en caso de no ser útil para nuestra remonta, se realicen sus arneses y todo ingrese al fondo común. — Bien hecho, dijo Astucia. — Adelante, repitió Chepe botas con su acostumbrada calma. Respecto de estas pistolas, el consejo declara que son particular-



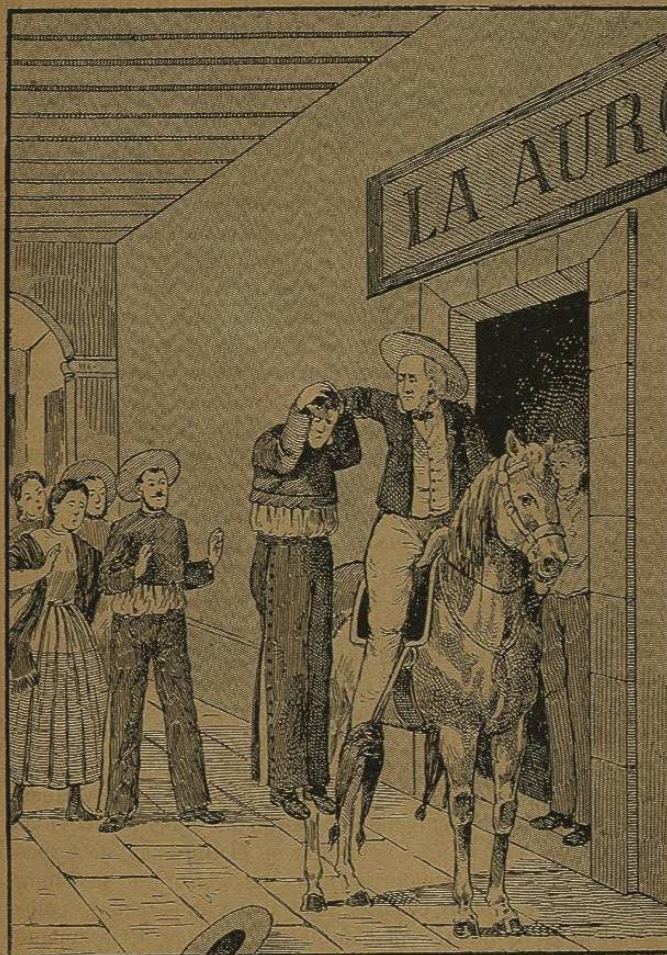
mente de la propiedad del hermano Pepe el Diablo, pues á él se le debe haber la sociedad ejercido sus sentimientos humanitarios, habiéndose expuesto por haber querido hacer una obra caritativa, y conque el interesado las posea, todos los hermanos tendrán una buena defensa con ellas.

— Es que guardan igual circunstancia con el regalo del Chocolín, replicó Pepe. — No se admiten réplicas, lo mandado mandado, señor Diablo, dijo el Tapatío, no venga á meter la cola. — Adelante, volvió á decir Chepe botas con sorna, si no no acabamos. Que en cuanto á las dos onzas con que Astucia completó la deuda de Pepe, éste las reciba como barato, y el señor Astucia les dé igual cantidad á los demás hermanos con ese mismo carácter, y cuatro pesos á cada arriero. — Con mucho gusto, dijo Astucia, eso y mucho más... — Adelante, adelante, con mil demonios no me interrumpan, volvió á decir Chepe, y prosiguió: Las cuentas de gastos, disposiciones, y cuanto ha hecho el jefe Astucia, están aprobadas, y esta sociedad, le da un voto de gracias, por su eficacia.

— Se acabó el consejo, muchachos, ¡viva nuestro jefe Astucia! — ¡Viva, viva! contestaron todos, amos y arrieros.

— ¡Vivan los Hermanos de la Hoja! gritó Astucia. — ¡Vivan! repitieron todos. Astucia tomó un puñado de onzas, le dió á cada uno su barato, cambió plata y también le dió á cada arriero lo decretado. Pepe guardó sus pistolas y de común acuerdo se dispuso vender el Chocolín como estaba, pues para el uso que tendrían que hacer de él era muy caro, y sobre todo, delicado, por lo que se quedó recomendado en Tlaxcala y lograron venderlo en ochocientos pesos que ingresaron al fondo.

Astucia compró dos buenas mulas para reponer á su Huaca y su Gorriona que malbarató en Marabatío. Pagó al charro las cinco onzas que le prestó entonces en el Huizachal de Jaripeo para dejar á su padre entero su fondo en la tesorería, le compró á Reflexión un buen caballo, pues tanto amos como criados llevaban su remuda, andaban bien armados y perfectamente montados. Arreglaron su vigilancia, establecieron sus *espejos*, *cardillos*, *galgos telégrafos*, *veletas*, y *contrarresguardo* tan bien combinados, y con tanto tino que sin mucho riesgo caminaban, evitando á toda costa un fatal encuentro; valiéndoles



¿Qué dice tu amo, eh?...



mucho la serenidad y sangre fría de Astucia que no se aturdió, y á pesar de gastar mucho y tener bien pagados á todos, caminaban con tal suerte, que hacían muy bonito negocio, tenían marchantes por todas partes, principalmente de gente menesterosa que les pedían fiadas una, dos ó más arrobas de hoja, á la vuelta de viaje se las pagaban después de haber buscado con ellas su subsistencia; no exigían fianzas, conocimientos, ni ninguna garantía, todos sus tratos eran á la palabra, y sus marchantes les cumplían religiosamente; los trataban muy bien, siempre eran bien recibidos, los vigilaban con eficacia é infundiendo terror á los bandidos y miedo al resguardo, se dieron á querer con todo el mundo, y seguían impávidos en su arriesgado comercio.

Generalmente después de comer y por sobre mesa, se entretenían en contarse mutuamente sus aventuras; las de Pepe que conocemos ya, ninguno las ignoraba, Astucia les contó las suyas, que también han visto nuestros lectores, y obligaron á Tacho Reniego para que dijera las suyas; éste comenzó de esta manera :